

G. D. Bardisa

RUAH

El manantial de agua viva

© 2025 G. D. Bardisa
© 2025, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: Mayo 2025

ISBN: 979-13-990201-1-3
Depósito Legal: M-12498-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

*"El viento sopla donde quiere, y lo puedes oír;
pero no sabes de dónde viene, ni a dónde va.*

Así es todo aquel que nace del Espíritu"

Juan 3:8

07-01-2018

CAPÍTULO I

El viento golpeaba con fuerza los ventanales de la habitación de Yago. Aunque hacía bastante tiempo que vivía con su familia en la planta más alta de aquella Torre de cristal, nunca había visto un viento tan furioso. Bajo el enorme edredón blanco de su cama podía escuchar el temblor de las grandes ventanas, el golpeteo de las gotas de agua arrojadas contra el vidrio y el aullido del viento al tropezar contra la gran Torre... ¡Uuuuuuuuuuuuh! Uuuuuuuuuuuuh!

Yago seguía inmóvil, cubierto totalmente por el edredón que filtraba parte de la claridad que inundaba la habitación, mientras escuchaba atentamente todos los sonidos que venían del exterior. Aquel día hubiera preferido quedarse bajo el edredón, sin moverse apenas, sin sacar la cabeza ni los pies de aquel manto protector. Pero sabía que más pronto que tarde tendría que levantarse.

El viento y la lluvia no eran lo que paralizaba a Yago. No era un niño perezoso, normalmente se levantaba enseguida para ir al colegio. Había otro motivo que lo mantenía en la

cama, como si su cuerpo fuera muy pesado. Tan pesado que ni el viento enfurecido que soplaba fuera hubiera podido moverlo.

Haciendo un gran esfuerzo, sacó poco a poco uno de sus pies fuera del edredón. Un momento después sacó el otro pie. Y al cabo de unos minutos se sentó sobre la cama, con la cabeza cubierta todavía por el edredón blanco. Desde allí podía escuchar el sonido de su madre mientras desayunaba y a su padre viendo la televisión en el salón. El viento seguía aullando, parecía que cada vez estaba más furioso. Por un momento estuvo a punto de acurrucarse de nuevo en la cama, pero tras unos instantes de duda, se quitó de encima el edredón y se levantó.

Yago salió de su habitación y entró en el enorme salón de su casa, que tenía un ventanal inmenso desde el que se dominaba gran parte de la ciudad. Hoy era un día gris, con grandes nubarrones que se desplazaban rápidamente empujados por el viento. En un extremo del salón estaba su padre con los ojos fijos en las noticias deportivas de primera hora, mientras sorbía su café. El padre de Yago se llamaba Mario y estaba obsesionado con el deporte: fútbol, baloncesto, tenis, ciclismo, natación... Cualquier deporte que saliera por la tele y pudiera ver cómodamente desde el sofá le interesaba.

En el otro lado del salón, de pie junto a la barra que separaba la cocina del comedor, estaba su madre tomando un zumo y leyendo en su móvil los últimos correos que había recibido desde el trabajo. Cada cierto tiempo fruncía el ceño y

golpeaba nerviosamente el suelo de tarima con sus tacones porque alguno de los correos no le gustaba. La madre de Yago se llamaba Águeda y era la Duquesa de Viento Recio y Monte Perdido, unas de las familias más importantes de la alta nobleza española. Trabajaba como directora general de GRUPOMEDIA, una influyente compañía de medios de comunicación, y casi nunca tenía tiempo para otra cosa que no fuera su trabajo.

Yago se acercó hasta la barra y se sentó en uno de los taburetes frente a su madre. Estuvo un rato mirando como pasaba de un correo a otro en el móvil, y al cabo de un rato dijo:

—Mamá, no quiero dejar de respirar.

—¿Qué has dicho Yago? —le preguntó su madre después de unos segundos, sin levantar la vista del móvil.

—No quiero dejar de respirar —repitió Yago un poco más fuerte.

Entonces Águeda levantó los ojos y miró a Yago con sorpresa:

—No vuelvas con esas tonterías —dijo mientras dejaba el móvil sobre la barra—, ya hablamos de esto al principio de curso. Tienes que dejar de respirar cuanto antes. Es más, ¡espero que seas el primer niño de España que deje de respirar!

—Pero mamá —repuso Yago—, tampoco es algo tan malo, vosotros todavía respiráis... ¡Déjame respirar unos años más, por favor!

La madre de Yago hizo un gesto con la mano abierta y le advirtió con una mirada seca que no siguiera insistiendo.

Águeda era una persona muy exigente, especialmente con Yago, y siempre le decía que debía estar a la altura de sus antepasados, los Duques de Viento Recio y Monte Perdido.

Yago apoyó la cabeza sobre las manos y se quedó mirando el reflejo del cielo sobre la barra de la cocina. Las nubes pasaban a toda velocidad arrastradas por el viento. Desde el fondo del salón llegaba el sonido de la televisión. Se había acabado la información deportiva y empezaban las noticias internacionales.

“A continuación les contamos una noticia que va a cambiar nuestro mundo –decía el presentador con cara de estar diciendo algo muy importante–, hoy comienzan en algunos de los colegios más selectos del mundo las clases para dejar de respirar.”

–¡Mirad! –gritó el padre de Yago dando un manotazo al reposabrazos–. Van a hablar de las clases que empiezas hoy en el colegio. ¡Qué casualidad!

Yago se acercó con desgana y se sentó en el sofá junto a su padre. Águeda le siguió, pero sin dejar de mirar su móvil.

“En España, las clases para dejar de respirar se impartirán en el colegio El Pilar de Madrid, uno de nuestros centros educativos más prestigiosos. Hablamos con su director, el profesor Hermes Gómez. Buenos días, director Hermes, ¿Qué supone para su colegio el inicio de estas clases tan especiales?”

Yago sintió un escalofrío por la espalda al oír la voz del director en televisión y ver su cara en la pantalla. Nunca le había gustado Hermes y su forma dulzona de arrastrar las pa-

labras, pero verlo en televisión era peor todavía que en la realidad.

“Para nosotros es un honor y un gran privilegio –respondió Hermes encantado de que le entrevistaran–. Siete de nuestros mejores alumnos de primaria van a tener la oportunidad de dejar de respirar para siempre con los enormes beneficios que esto les aportará. Estamos muy agradecidos a la fundación APNEA y al gran profesor Artman por habernos elegido. Estamos seguros de que nuestros alumnos dejarán de respirar muy pronto y que poco a poco todos los niños podrán disfrutar de este gran avance científico.”

–Tú eres uno de esos siete alumnos –dijo Águeda mientras intentaba peinar el pelo rebelde de Yago–, deberías sentirte muy afortunado, muchos niños querrían estar en tu lugar.

“Precisamente –interrumpió el presentador a Hermes–, vamos a conectar con la rueda de prensa que realiza en estos momentos desde Nueva York este gran benefactor de la humanidad, el profesor Artman, que ha descubierto el método para liberarnos de la respiración. Damos paso a la señal desde Nueva York...”

En la pantalla apareció la imagen de una gran sala repleta de periodistas, con un hombre de pie en el estrado delante de unas grandes letras brillantes con la palabra APNEA. El profesor Artman era un hombre alto, de edad avanzada, aunque mostraba una vitalidad sorprendente. A pesar de ser un personaje famoso, era la primera vez que concedía una

rueda de prensa. Tenía una nariz fina y alargada, sus ojos estaban hundidos bajo una frente prominente y su boca era una línea casi imperceptible en su cara. Con un gesto tranquilo, levantó sus manos e inmediatamente se hizo un silencio total en la sala. Todo el mundo tenía sus ojos fijos en él, esperando las primeras palabras de aquella boca que parecía no tener labios.

—Bienvenidos todos a APNEA —dijo en voz baja, como un susurro—. Hoy es un día muy importante. Hoy, unos cuantos niños en todo el mundo, empiezan un curso que les cambiará la vida. Y que, dentro de unos años, cambiará la vida de toda la humanidad.

El silencio entre los periodistas era absoluto, nadie quería perderse ni una sola de aquellas palabras que parecían como un secreto contado al oído:

—Estos niños privilegiados serán los primeros hombres y mujeres que dejarán de respirar. Y después de ellos, muchos más lo lograrán también. Poco a poco, la humanidad entera se librará de este yugo primitivo que no nos permite progresar. Porque la respiración, aunque parezca algo bueno y necesario, es terriblemente perjudicial para nuestra salud.

Un murmullo recorrió la sala, pero el profesor Artman prosiguió imperturbable:

—Sí, así es, aunque resulte extraño. El esfuerzo muscular que hacemos al respirar nos debilita. Calculad la cantidad de energía que se gasta en cada inspiración y en cada espiración, llenando y vaciando una y otra vez los pulmones, y multiplicadlo por las veces que respiráis cada hora, cada día,

cada mes, cada año... ¡Toda nuestra vida! Es evidente que respirar es un derroche de energía que podríamos utilizar para cosas mucho más importantes.

El profesor hizo una pausa, mientras levantaba la mano derecha con el dedo índice apuntando al techo, para señalar la importancia de lo que iba a decir a continuación:

–Además, el aire que inspiramos es el medio perfecto para la entrada de multitud de virus y bacterias en nuestro organismo. Nuestra nariz y nuestra boca son unas puertas abiertas para millones de bichitos que nos atacan por dentro. Si dejamos de respirar, podremos vivir mucho más seguros, sin miedo a ser contagiados por los demás. ¡Muchas de las enfermedades que nos afligen desaparecerán por fin!

El padre de Yago miraba hipnotizado la pantalla de la televisión, asintiendo a cada frase que decía el profesor Artman, y llegó a musitar:

–Es verdad, respirar es un desastre... Si conseguimos librarnos de la respiración seremos casi indestructibles.

Pero el profesor todavía no había terminado de presentar todas las ventajas de dejar de respirar, y continuó diciendo:

–Por último, y lo más importante, al respirar tomamos el oxígeno del aire y lo llevamos a través de la sangre a todas las células de nuestro cuerpo. Este oxígeno es imprescindible para la vida de nuestras células, pero también es el responsable de su envejecimiento. El oxígeno nos va oxidando poco a poco por dentro. Es parecido a cuando partimos una manzana y dejamos un trozo al aire libre... Al principio es blanca, pero al cabo de un rato, se vuelve oscura por la oxi-

dación. ¡Ha envejecido! Pues eso mismo le pasa a cada una de nuestras células, y a nosotros mismos, cada vez que respiramos. Conseguimos vivir un momento más, pero también nos oxidamos un poco más y nos hacemos un poco más viejos. ¡El aire nos mantiene con vida, pero también nos va matando!

Tras estas últimas palabras del profesor se levantó un mar de voces en la sala, y muchos periodistas levantaban la mano para poder hacer alguna pregunta. Yago, desde su casa en Madrid, no lograba entender nada. Notaba su propia respiración, como subía y bajaba su pecho rítmicamente, y no se imaginaba cómo podría vivir sin aire en sus pulmones.

—Por favor, guarden silencio —reclamó el profesor Artman en la sala de Nueva York, mientras levantaba ambas manos extendidas para calmar a su auditorio—. Entiendo que mis palabras les puedan resultar increíbles, pero todavía no he acabado mi exposición. Presten atención. Es evidente que no propondría a nadie dejar de respirar si no tuviese una alternativa mejor, mucho mejor, al oxígeno que necesitan nuestras células para vivir. Así que, quiero anunciar a todo el mundo que hemos descubierto un nuevo elemento, mucho más eficaz que el oxígeno del aire, que nos permitirá dejar de respirar en cuanto las células de nuestro organismo se adapten a él. Y una vez que todas nuestras células lo hayan absorbido, ya no necesitaremos volver a respirar porque este nuevo elemento se regenera espontáneamente dentro de nosotros. ¡Tendremos una fuente de energía infinita en nuestro interior!

Entonces, aprovechando el desconcierto que reinaba en la sala, el profesor Artman sacó una pequeña esfera de vidrio de su bolsillo y la mostró al auditorio. En el interior de la esfera se vislumbraba una especie de humo oscuro, en continuo movimiento, que despedía cada cierto tiempo algún fogonazo.

—Esto que ven es Skotádio, el nuevo elemento que hemos llamado “oscuro” en griego por su color, y que no se encuentra de forma natural en el universo, sino que tenemos que producirlo de forma artificial mediante un proceso que todavía es muy lento y costoso. Por eso mismo, pocos niños en el mundo podrán empezar sus clases para dejar de respirar, pero ya estamos trabajando en un sistema que nos permitirá producir mucho más Skotádio para que toda la humanidad pueda beneficiarse de este gran descubrimiento.

La pequeña esfera de vidrio chisporroteó con un fogonazo que iluminó por un momento los ojos impenetrables del profesor Artman, mientras todos los periodistas de la sala permanecían atónitos ante su explicación. El profesor continuó hablando:

—Comprendo su asombro y supongo que tendrán muchas preguntas. De momento, les diré que el proceso de sustitución del oxígeno por el skotádio no es inmediato, sino que necesita de un tiempo para que el organismo se adapte. Y como los niños se adaptan a cualquier circunstancia mucho mejor que los adultos, hemos decidido que vamos a empezar este proceso en algunos de los mejores colegios del mundo. Para ello, desde la fundación APNEA hemos formado

un grupo de monitores altamente especializados, que guiarán a estos niños tan afortunados en su aprendizaje para dejar de respirar.

Entonces, un periodista de Le Figaró, se levantó e interrumpió el discurso del profesor:

–Pero... ¿Se han realizado pruebas en personas que acrediten el funcionamiento del Skotádio para dejar de respirar? ¿Cómo podemos saber que no estamos sometiendo a nuestros hijos a un riesgo demasiado alto?

El profesor Artman, miró con curiosidad al periodista francés y le contestó con calma:

–Buena pregunta, le puedo asegurar que sus hijos están totalmente seguros en este proceso para dejar de respirar. Es más, corren mucho menos riesgo que si siguen respirando el oxígeno del aire como ha venido haciendo la humanidad hasta ahora. Y sí que se ha realizado una prueba en una persona, la tienen ante ustedes, yo mismo soy la prueba viviente de que el Skotádio funciona de maravilla. Imagínese que dejé de respirar hace más de cien años, allá por 1917, cuando ya superaba los ochenta años...

Un murmullo de asombro recorrió la sala ante la revelación de la edad del profesor Artman. ¡Si lo que decía era cierto podía tener más de 180 años! Muchos periodistas se levantaron para hacer más preguntas, pero el profesor aprovechando la confusión del momento, se retiró de la sala entre saludos y muestras de agradecimiento a todos los presentes.

“Ehhh... Hasta aquí la rueda de prensa del profesor Artman desde la fundación APNEA en Nueva York –al presentador de televisión le había cogido de improviso la retirada repentina de la sala del profesor– estamos seguro de haber vivido un momento histórico para la humanidad...”

–¡Me voy corriendo! –exhaló Águeda mientras se dirigía a toda prisa hacia la puerta de la casa–. Tengo una reunión en quince minutos y voy con el tiempo justo.

–¡Pero mamá, quédate un momento! –grito Yago desesperado–. Me da miedo dejar de respirar, no quiero...

–¡Basta de lloriqueos Yago! Compórtate y no me montes un drama. Sólo tienes que dejar de respirar, ya verás que no es para tanto –y diciendo esto cerró la puerta tras de sí de un portazo.

Yago se quedó a solas con su padre, sentados los dos en el sofá. Al principio se mantuvieron en silencio como si el ruido de la puerta al cerrar les hubiera ordenado callar. Sólo se oía el viento enfurecido en el exterior y las gotas de lluvia sobre las ventanas del salón. Yago miraba a su padre en busca de ayuda, pero sin mucha esperanza:

–A mí también me daría miedo dejar de respirar, Yago –murmuró finalmente Mario mientras miraba pensativo su propia barriga subir y bajar–, pero creo que tú puedes conseguirlo.

–¡Papá, por favor ayúdame! –suplicó Yago–. Tú podrías desapuntarme de esas clases. Hazme un justificante para que no asista hoy. Mamá no hace falta que se entere, al menos al principio...

—No, Yago —repuso su padre—. Ya sabes que tu madre tomó esta decisión hace tiempo. Se ha ilusionado con que dejes de respirar y si no lo haces se lo tomará como una afrenta a sus antepasados nobiliarios. Tendrás que dejar de respirar... ¡Oh! ¡Van a empezar los entrenamientos libres del Gran Premio de Italia! —exclamó Mario mientras se acomodaba en el sofá—. Esto no me lo puedo perder.

Yago se quedó mirando un instante más a su padre, cuyos ojos acuosos estaban fijos en la pantalla, y supo que ya no podría hablar más con él. Los entrenamientos del gran Premio de Italia eran ahora lo más importante, y la televisión absorbía toda su atención.

Mientras los ruidos de los coches de carreras empezaban a sonar y parecía que competían con el estruendo del viento que soplaba al exterior, Yago se levantó del sofá y se encaminó lentamente hacia su habitación.